

## **Palabras del Excelentísimo Sr. D. Augusto Ferrero Costa**

Puede parecer algo singular que una persona que ha consagrado su vida al Derecho como abogado y profesor universitario, que hace quince años fue distinguido como Miembro Honorario de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de esta querida tierra, escriba un libro sobre música.

La razón de la publicación que presentamos, dedicada a mis padres, a quienes, conjuntamente a mi esposa y mis hijos, les debo todo, es el agradecimiento a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas que nos ha honrado nombrándonos como Miembro Correspondiente e impulsado esta pulcra y esmerada edición, y aprovechar la ocasión para rendir homenaje a la más excelsa facultad del espíritu artístico. Igualmente, agradecemos a las entidades que han patrocinado la edición: El Comercio, diario de mayor prestigio y circulación en el Perú, que ha publicado a lo largo de más de veinticinco años ensayos nuestros; Mapfre, de la cual formamos parte de sus directorios en el Perú; Telefónica, titular de la inversión española más importante en nuestro país; Edelnor-Endesa, que alumbra más de la tercera parte de nuestro territorio; el Banco de Crédito del Perú, la AFP Prima, el grupo Interbank y la Universidad de Lima, de la cual hemos sido dos veces Decano de la Facultad de Derecho y durante un período Vice Rector.

Comprometen nuestra gratitud las palabras de elogio que han pronunciado el Presidente de la Academia y los presentadores, por los cuales profesamos afecto y admiración. Con Javier Pérez de Cuéllar, tenemos una afinidad por la música de más de cuarenta años, cuando como el Embajador más prominente de nuestra Cancillería concurría a nuestra casa a despachar con mi padre, a la sazón Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Relaciones Exteriores, para dirigirse juntos a su sede, en el Palacio de Torre Tagle. Con el objeto de menguar la corta espera, le poníamos el disco de su selección, que escuchábamos atentamente. Con el tiempo, en París, donde radica, y en Lima, hemos tenido ocasión de acu-

dir juntos a inolvidables óperas y conciertos. Gracias, don Javier, por su hermoso prólogo y sentidas expresiones, y por haber venido especialmente desde Francia, acompañado de nuestra querida Marcela, a participar en esta ceremonia.

Con Luis Díez-Picazo nos hemos encontrado en congresos internacionales de juristas y nos consideramos su discípulo al haber leído gran parte de su obra, por la cual es considerado el civilista más importante de España. Con él y con don Javier, formamos parte de la Academia Peruana de Derecho, y a ese pequeño grupo de personas que no constriñen su amistad a los temas de su especialización, sino que la hacen extensiva a las grandes manifestaciones del espíritu. Solo quisiéramos discrepar con tu declarada gloriosa inmusicalidad, pues el sábado después de que junto con don Javier y José Luis fuimos al Auditorio Nacional de Música a escuchar una estupenda *Carmina Burana* a las siete de la tarde, me confesaste que a las diez y media de la noche concurriste al mismo escenario a escuchar a la Orquesta Philharmonia de Londres ejecutar la *Séptima sinfonía* de Gustav Mahler. Gracias Luis por tus palabras y por adherirte con ellas a este acto.

Con José Luis García Delgado tenemos en común, para comenzar, el ser coetáneos. Nacimos en 1944 año del desembarco de los aliados en Normandía, de la muerte de los pintores Kandinsky y Mondrian, y en el cual Jorge Luis Borges escribió *El aleph* y se publicaron póstumamente las memorias de Stefan Zweig, poéticamente tituladas *El mundo de ayer*. Además, nos unen ideales comunes y la especial consideración que le profesamos por su exitoso rectorado en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en el Palacio de la Magdalena en Santander, su análisis riguroso de la ciencia económica y su elegante caballerosidad.

Engalana el acto la presencia de Mario Vargas Llosa, insigne literato que junto a don Javier representa las más altas virtudes cívicas, puestas de relieve en sus campañas electorales, en las cuales, tristemente, nuestro país optó por la improvisación y el oportunismo, que iniciaron una corriente de decadencia moral de difícil recuperación. Admiramos en Mario su coraje, como lo ha demostrado últimamente en Venezuela. Nos hemos encontrado con él más de una vez en Salzburgo; y en el Festival de Pascua del año pasado en esa ciudad, como detallamos en el libro, para honra del Perú y España, el lujoso programa impreso del Festival fue presentado por nuestro laureado escritor en cinco idiomas: alemán, inglés, francés, italiano y español. Ahora tenemos entre nosotros el compromiso de asistir al Festival de Bayreuth en el 2010. Su concurrencia ha despertado un encendido entusiasmo en las bisnietas de Richard Wagner, Eva y Katharina, hoy directoras del Festival.

Hay testimonios musicales desde la Edad de Piedra, representados por silbatos y flautas hechas de huesos de animales. La Edad de Bronce aporta las campanas y con la Historia, aparecen en Mesopotamia las liras y las arpas. Una de estas

últimas fue el instrumento del rey David en Israel. En casa tenemos un gran lienzo virreinal de tres metros por dos en el cual se aprecia a dicho monarca tocando el arpa desde su palacio mientras observa a la hermosa Betsabé, la mujer de Urías, en pleno baño. La mandó llamar, y de acuerdo con la Biblia, se acostó con ella. Como quedó embarazada, David urdió la cruel y perversa estratagema de mandar a su marido al frente de guerra, en primera línea, para que lo dejen solo, sea herido y muera. Y así ocurrió, y David tomó a Betsabé por mujer, quien le dio un hijo. El Señor se lo quitó: le dio muerte como castigo. Y Betsabé concibió luego a Salomón, el rey sabio.

También hubo música en la Última Cena, cuando Jesús y sus discípulos, cumpliendo con el rito judío, cantaron el himno pascual. Grecia, con su drama cantado al decir de Franz Werfel, y Roma, como evidencian las imágenes gráficas y los instrumentos hallados, también tuvieron música. En Europa, el medioevo aportó en el siglo VI con San Gregorio el Magno el sobrecogedor canto gregoriano, que hemos escuchado cantar a los monjes en el monasterio de Santo Domingo de Silos. Pasaron casi mil años y con el Renacimiento aparece la música representativa del período que la discografía nos ha hecho conocer con la que se ejecutaba en la época de Isabel la Católica, Carlos V, la del Cancionero Musical de Palacio y la ejecutada en el matrimonio de Felipe II y María Tudor en la catedral de Winchester.

La verdadera música occidental nace con el barroco. En 1685 nacieron Bach, Handel y Domenico Scarlatti, que inundaron con su música Alemania, Inglaterra y España, respectivamente. Siete años antes nació Vivaldi y dos antes Rameau, que hicieron lo propio en Italia y Francia. Contemporáneo de ellos fue Tomás de Torrejón y Velasco, quien hizo historia en el Perú al componer *La púrpura de la rosa*, que fue presentada en Lima como la primera ópera en el Nuevo Mundo. El conde de la Monclova, virrey del Perú, encomendó la obra para celebrar los dieciocho años de edad de Felipe V y el primer año de su reinado, con el que comenzó la dinastía Borbón. El texto, de Pedro Calderón de la Barca, hace esta pieza única, pues no existe en la historia musical una ópera con un libretista tan ilustre.

En el Perú, las melodías andinas fueron recopiladas en el siglo XIX por mi bisabuelo Claudio Rebagliati en una selección de veintidós piezas en su *Álbum Sudamericano*, del cual se está editando un disco. Abundado en el tema, un siglo después, los esposos Raoul y Marguerite D'Harcourt publicaron en Francia diversas canciones en un libro titulado *La música de los incas y sus supervivencias*, que gracias al entusiasmo de Luis Alberto Sánchez, fue traducido al español en 1990. Las canciones recopiladas fueron cantadas y grabadas, al lado de canciones españolas, por la gran cantante francesa Ninon Vallin, preferida de Debussy, quien la llamó "decorado de plata", expresión que dista mucho de la calificación de "infame cantatriz" que le espetó nuestro gran vate César Vallejo en un artículo de *Var-*

*iedades*, que Jorge Puccinelli ha descrito como uno de los más bellos textos en prosa del poeta.

En su primera parte, titulada *Músicos sorprendentes*, el libro trata de personalidades históricas que fueron músicos; a saber, Iván el Terrible, autor de obras en las que destaca el coro, enriquecido respecto al canto gregoriano y al bizantino que lo antecedieron; Enrique VIII, cuyo tema central de todas sus canciones, casi como una obsesión, es el amor; Federico II, el Grande, de quien exhibimos un documento autógrafo y firmado, quien compuso en su palacio de Sans Souci en Potsdam el tema que desarrolló Bach en la *Ofrenda musical*; Juan Jacobo Rousseau, que compuso la ópera *El adivino de la aldea*, representada en Fontainebleau ante Luis XV y cuya protagonista principal fue encarnada más tarde por *madame* Pompadour; Benjamín Franklin, quien además de escribir música para cuerdas inventó un instrumento musical, la armónica de cristal, para el cual Wolfgang Amadeus Mozart, en el año de su muerte, compuso dos obras de una belleza incomparable; Federico Nietzsche, autor de algunas obras musicales menores, que cuando apareció el disco compacto de ellas, la revista inglesa *Gramophone* dijo que el autor había hecho menos daño a la música que el que Wagner le había propinado a la filosofía; y finalmente, Boris Pasternak, el autor de *Doctor Zhivago*, inspirado por Scriabin, quien fue un entusiasta divulgador de sus primeras partituras.

En su segunda parte, titulada *Crónicas del mundo de la música*, se narran éstas en el orden cronológico de sus actores, referidas a curiosidades o anécdotas que, como decía Stendhal, no retratan las cosas en sí mismas sino el efecto que estas causan. Se destaca en Bach su origen húngaro y sus vivencias en la ex Alemania Oriental, paradójicamente llamada Democrática: Eisenach, Turingia —donde nació—, Weimar —donde vivió un tiempo—, su peregrinaje a Lübeck, como lo había hecho Handel dos años antes para escuchar a Buxtehude tocar en la Marienkirche, y finalmente Leipzig, donde se desempeñó como *kantor* de la Thomasschule y la Thomaskirche, iglesia que acoge sus restos en el centro de la nave principal. Resulta curioso anotar que el Consejo de Leipzig que lo nombró lo hizo ante la negativa de Georg Philipp Telemann para ocupar la plaza, argumentando que ya que no podían tener lo mejor debían conformarse con la mediocridad. ¡Ironía del destino! De la obra más importante de Handel, *El Mesías*, se da a conocer cómo tres años antes de morir, Wolfgang Amadeus Mozart aceptó el encargo de orquestar nuevamente el oratorio en el estilo clásico, aumentó el número de ejecutantes y agregó nuevos instrumentos como el clarinete, al que tanto relieve dio el autor en su concierto para ese instrumento y orquesta y en el quinteto para el mismo con cuarteto de cuerdas. Del mismo Mozart se relata su relación con Lorenzo da Ponte, el libretista de sus óperas *Don Giovanni*, *Las bodas de Figaro* y *Così fan tutte*. Se especulaba cómo en Praga, en el estreno de la ópera que lleva el nombre del personaje símbolo de los amoríos en el mundo ficticio de la literatura, es muy probable que estuviera presente el personaje real, Giacomo Casanova, a la sazón en el lugar y conocido por no perder-

se jamás una representación importante, como nos narra en sus *Memorias*. Se da cuenta de la relación de este facineroso con Voltaire y cómo ambos declaman los versos del Tasso y derraman lágrimas por la emoción. Del mismo autor, identificamos su sonata para piano cuya melodía recoge la canción del abecedario y representa su música banal. Asimismo, existe música del autor inspirada en el *Götz von Berlichingen* de Goethe, en el que hay frases irrepetibles que Federico el Grande calificó de vulgaridad repugnante. El lenguaje soez y escatológico se observa también en las cartas de la madre de Mozart. Esta característica de su conducta social que llegó a influir en su música, aunque en obras de importancia menor, fue la gota que derramó la copa de la envidia en Salieri, como se observa en el drama *Amadeus* llevado a la pantalla.

Nos referimos luego a Franz Xavier Mozart, el hijo del genio, al que dedicamos un ensayo, quien a pesar de sus magníficas composiciones no pudo superar el estigma de su ascendencia. Mozart predijo su futuro cuando lo escuchó llorar a tono con lo que él estaba tocando al piano. Nos remitimos al gramófono de entonces, que no era otra cosa que un conjunto de vientos que simplificaba las obras operáticas que se escenificaban y que significó que tres compositores checos, Went, Triebensee y Sedlak, redujeran a estos instrumentos ensemble *El rapto del serrallo*, *Don Giovanni* y *Las bodas de Fígaro* de Mozart, así como *Fidelio* con autorización del propio Beethoven. Respecto a este último compositor y a Schubert, de quienes se conocen nueve sinfonías, comentamos la décima de cada uno, basadas en partituras inconclusas, las cuales han sido completadas para grabar los respectivos discos compactos. Publicamos el informe médico del doctor Johann Malfatti sobre la salud de Napoleón II, quien murió en Schonbrunn en 1832. Anteriormente, había sido médico de Beethoven, fallecido también en Viena en 1827. Curiosamente, la expresión "*La comedia e finita*", popularizada por el personaje Canio en la ópera *I pagliacci* de Leoncavallo, fue la última frase que expresaron el genio de Bonn y el duque de Reichstadt, y con la que se despidió antes Augusto, el primer emperador de Roma, según nos narra Suetonio en *Vida de los doce césares*. En un ensayo que es un intento preliminar de detallar el lugar donde están enterrados las grandes personalidades, sobre todo los músicos, reproducimos en un gráfico las tumbas de Beethoven y Schubert, flanqueando el monumento a Mozart, en el cementerio Central de Viena, así como sus tumbas originales en el cementerio de Währing, donde fueron enterrados cincuenta años antes de su traslado. Es de destacar que la gran mayoría de los grandes músicos murieron o están sepultados en Viena; a saber, Vivaldi, Gluck, Mozart, Haydn, Salieri, Beethoven, Schubert, Brahms, Bruckner, Johann Strauss padre e hijo, Joseph Strauss, Franz von Suppé, Hugo Wolf, Hans Pfitzner, Arnold Schonberg, Gustav Mahler y Alban Berg.

Otro ensayo sobre Beethoven narra cómo el músico compuso sus últimas notas en la casa de su hermano Johann en Gneixendorf, en el valle del Danubio, cerca de Krems, en referencia a sus últimos cuartetos de cuerda. El primero de

ellos, el *Cuarteto en bi bemol mayor*, opus 127, tuvo diecisiete ensayos y llamó la atención por su lirismo excepcional. El *Cuarteto en la mayor*, opus 132, tiene un movimiento, "*Canzona di ringraziamento*", que evoca el triunfo sobre la agonía, al haberse recuperado Beethoven de una enfermedad. En su obra *Contrapunto*, Aldous Huxley expresa que basta escuchar esta pieza como prueba irrefutable de la existencia de Dios. El *Cuarteto en si bemol mayor*, opus 130, contiene la célebre "*Cavatina*", de la cual el autor declaró que "nunca su propia música le causó tanto efecto y que incluso ahora le producía una lágrima". La *Gran fuga en si bemol mayor*, opus 133, completaba el Cuarteto opus 130, pero causó perturbación en la audiencia. Por ello, a solicitud del editor, fue sustituida con un *Finale* alegre y más corto. El siguiente, el *Cuarteto en do menor*, opus 131 —que no fue ejecutado públicamente en vida del autor pero Schubert escuchó en audición privada cinco días antes de morir—, fue reconocido por Beethoven como el más grande. En cuanto al último, el *Cuarteto en fa mayor*, opus 135, fue compuesto bajo la angustia que le produjo el intento de suicidio de su sobrino. Enigmáticamente, tituló el movimiento final "la decisión difícil", entrecruzando la pregunta "¿Deberá ser?", con la respuesta "Debe ser".

Damos cuenta del relato que el empresario y pianista belga Edmond Michotte escribió en 1916 y que patentiza casi un siglo de tradición oral. En efecto, él llevó a Wagner a entrevistarse con Rossini en París en 1860, y éste, en la conversación, además de interesarse en la música del futuro del genio de Bayreuth, refirió su encuentro con Beethoven en Viena en 1823. Así, el relato recoge dos célebres encuentros, *quasi-verbatim*.

El más grande músico francés fue Héctor Berlioz. Destacó también por sus crónicas musicales y escribió sus *Memorias*, en las que narra su estrecha relación con Liszt, Mendelssohn y Paganini, quien se presentó ante él en un concierto como rendido admirador y le dijo: "Desaparecido Beethoven, sólo Berlioz podrá revivirlo". El gran músico italiano le regaló una importante suma de dinero, y le encargó, además, una obra para viola, de donde nació la hermosa sinfonía para este instrumento y orquesta titulada *Harold en Italia*. Nos confesamos como rendidos admiradores de Berlioz desde que muy jóvenes nos impresionaron las melodías interpuestas de su *Sinfonía fantástica* y el estruendo de su *Réquiem*, que después descubrimos tenía su antecedente en una *Misa solemne* que el autor extinguió en el fuego, la cual conocemos por una copia que apareció hace quince años. Nos parece que la obra más importante de Berlioz es *Los troyanos*, ópera de más de cuatro horas de duración que advierte la grandilocuencia que apareció más tarde con Wagner. El autor también escribió el libreto, basado en *La Eneida* de Virgilio, a quien logra "shakespearizar", según sus propias palabras. Trata de la huida, después de la caída de Troya, del pueblo derrotado que luego fundó Roma, para lo cual estaba destinado. En el camino, los troyanos sobrevivientes hacen una parada en Cartago, en la cual ayudan a su reina Dido para derrotar a Numidia. Esta

lucha conjunta contradice el estigma del dicho tiros y troyanos, pueblos acostumbrados a luchar siempre por la hegemonía del Mediterráneo.

El estudio de Richard Wagner lo hacemos a través de la experiencia que hemos tenido escuchando su obra en los grandes teatros del mundo: Metropolitan Opera House —sobre todo el *Anillo* clásico de Otto Schenk, dirigido por James Levine—, Covent Garden, La Scala, Ginebra y Salzburgo, pero sobre todo en Bayreuth, en el teatro que el propio autor mandó construir y estrenó en 1876. Destacamos el valor de su hijo Siegfried como director y compositor, sensiblemente opacado por la gloria del padre. Este hijo, el único varón, escribió dieciocho óperas. El estreno en München de la más conocida de ellas fue un éxito extraordinario, con producción del autor y bajo la dirección de Gustav Mahler.

Nos ocupamos de la parte anecdótica y poco conocida de la distinguida cantante Wilhelmina Schröder-Devrient, quien estrenó Leonora en *Fidelio* en 1822 y llegó a ensayar con el propio autor, y muchos años más tarde representó a Venus —el personaje más erótico de Wagner— en el estreno de *Tannhäuser*. Wagner la llamó “la reina de las lágrimas” por su sobreactuación. Dos años antes de morir, en 1858, se publicó *Memorias secretas de una cantante*, y cuando Guillaume Apollinaire tradujo el libro al francés, apareció con su nombre como autora. En la última edición en español hay un comentario de Mario Vargas Llosa en la contracarátula, en el cual afirma que el libro se ha transformado en una obra canónica de la literatura erótica universal.

Conexa con la obra de Wagner está la Valhala. En *El anillo de los nibelungos*, aparece como el palacio de los dioses. En Alemania, en el siglo XIX, se construyó con ese nombre un templo de honor para glorificar a los germanos distinguidos, como una manera de levantar el espíritu alemán después de la derrota sufrida ante Napoleón. Queda en el Danubio, cual réplica del Partenón, a cien metros de altura. Está sobre una plataforma fuera de Donaustauf, a once kilómetros de Regensburg —Ratisbona en español—, ciudad en la que Carlos V conoció a Bárbara Blomberg, la que concibió de él a Juan de Austria. Acompañando a las grandes figuras históricas como Federico Barbarroja, el mismo Carlos V, Federico el Grande, Catalina la Grande de Rusia, María Teresa de Austria, Blücher, Rubens, Durero, Martín Lutero, Kant y Einstein, están los grandes músicos de dicha cultura: Bach, Handel, Gluck, Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Weber, Wagner, Brahms, Bruckner y Richard Strauss. Curiosa e inexplicablemente, faltan Schumann, Mendelssohn, Meyerbeer y Mahler; en el caso de los tres últimos, sin duda, por una discriminación por su origen judío.

De Verdi, resaltamos su personalidad multifacética como compositor, director de orquesta, productor, campesino y empresario. Todos estos aspectos se pueden apreciar en dos inmuebles: su casa de Sant'Agata en las afueras de Busseto y

en la casa de reposo para los músicos que hizo construir en Milán para albergar a estos artistas sin recursos. Allí yace su tumba, junta a su segunda esposa, Giuseppina Strepponi. El maestro gastó en este asilo el equivalente a cuarenta millones de dólares de hoy y, en su testamento, le destinó una cantidad igual para su mantenimiento. Ello nos da una idea de la gran fortuna que amasó Verdi como consecuencia de las regalías y honorarios percibidos, así como por el eficiente manejo de sus propiedades. En la gran película de diez horas que se hizo para la televisión italiana sobre la vida del maestro, se relievra su carácter pueblerino y la música típica de aldea italiana para banda, de la cual han aparecido últimamente obras del mismo Verdi que han sido grabadas, y de las cuales damos cuenta en el ensayo *El Verdi redescubierto*. En relación indirecta con el músico, autor de la ópera *La traviata*, basada en *La dama de las camelias* de Alejandro Dumas hijo, ahondamos una investigación sobre el referido personaje y este autor. Todo comenzó un día caminando en el cementerio de Montmartre. Encontramos una tumba llena de flores que rezaba “Alphonsine Plessis”. No pudimos encontrar dicho nombre en enciclopedia alguna. Tiempo después, leyendo la novela de Dumas —también publicada como drama—, entendimos que era el nombre original del personaje, el cual, por razones eufónicas, el autor cambió por Marie Duplessis. Años después, vimos por primera vez en un catálogo de documentos históricos, uno con este nombre. Era una letra de cambio aceptada por ella que tenía como fecha de vencimiento dos días después de su muerte. La adquirimos, y podrán apreciarla en una lámina del libro, acompañada de una carta manuscrita y firmada por el autor en la que declara que su obra *La dama de las camelias* es más realidad que fantasía, aludiendo a la relación amorosa que tuvo con el personaje real. Así, la relación Dumas-Duplessis, real, fue llevada a la literatura como Duval-Gautier, y a la ópera de Verdi como Germont-Valery. Esta historia, con lujo de detalles, podrán encontrarla en el ensayo *El personaje y el autor*.

Los ensayos siguientes están referidos a grandes músicos y documentos o partituras cuyas firmadas, que guardamos en original como *cimelios*, y que exhibimos en láminas en el libro. Veamos. De Luigi Cherubini, el Talleyrand de los músicos —gozó del favor de los Borbón y Napoleón—, encontrarán un gráfico de una hoja de la partitura de su ópera *Les deux journées*, tan admirada por Beethoven, y de Rossini, una partitura suya y una carta autógrafa y firmada el día que cumplió setenta y un años, en la que da cuenta de su extraordinario apetito por los embutidos. De Mendelssohn, se publica una carta del año de su muerte, en cuyo texto el músico precoz desliza su interés por una mujer inglesa, a pesar de la belleza y sensualidad de su esposa; de Franz Liszt, una hoja de la partitura de su oratorio *St Stanislaus*, en la que aparece la voz del bajo cantando “Salve Polonia”, antes de la aparición del coro, y que puede ser una de las últimas notas escritas por el autor; de Gounod, la partitura de su *Misa para los santos ángeles custodios*; de Bizet, una carta autógrafa y firmada, así como otra del autor del drama de *Carmen*, Próspero Merimée; de Brahms, una carta manuscrita y firmada: acompa-

ñada de una fotografía de la época; de Tchaikovsky, una carta autógrafa y firmada de alto contenido histórico, en la cual el autor declara que ha terminado de escribir su ópera *Yolanda* y que al día siguiente compondrá su ballet *Cascanueces*, que aclara que ambas obras no fueron escritas simultáneamente como expresan sus biografías; cartas manuscritas y firmadas de Héctor Berlioz, Richard Wagner, Giuseppe Verdi, Giacomo Meyerbeer y de Richard, acompañando un ensayo titulado *El Strauss más importante*, una en la que se denota una caligrafía vertical que asemeja un electrocardiograma. Además, se publican fotografías de las tablas de madera descritas en el ensayo *Mis autógrafos musicales*, que cuales huellas de carne en piedra, como reza el poema de un recordado amigo, son testimonios únicos de la existencia de los artistas firmantes. Otros estudios se remiten a la irreverencia con la muerte, en el que se narran algunos hechos anecdóticos difíciles de creer; o al contrabajo y al apodado “el Paganini” del instrumento, Giuseppe Bottesini; a la *cadenza*, el momento de inspiración personal reservado a los solistas; y a las grabaciones históricas, realizadas en el sistema Welte Mignon o Vorsetzer, anterior al tocadiscos, cuyos rollos de papel permiten hoy accionar un piano Steinway y escuchar tocando con el más moderno sonido a Richard Strauss, Enrique Granados o Gustav Mahler.

El siguiente ensayo se refiere a las mujeres en la música. Curiosamente, el género femenino ha estado ausente de la creación musical, a excepción de Hildegard von Bingen en la Edad Media. Destacan Guillermina de Brandeburgo, hermana de Federico el Grande, casada con el margrave de Bayreuth; Clara Wieck, esposa de Robert Schumann; Fanny Mendelssohn, hermana de Félix, a quien se le atribuyen algunas de sus obras juveniles; Alma Mahler, la mujer que encandiló a Klimt y Kokoschka, pintores, a Gustav Mahler, músico, al creador de la Bauhaus, Walter Gropius, arquitecto, y a Franz Werfel, literato; y Paulina García, la cantante y compositora española, hermana de la Malibrán, ambas hijas de Manuel García, el primer Conde de Almaviva del *Barbero de Sevilla* de Rossini, inmortalizada como Pauline Viardot –apellido del marido–, poseedora de un timbre asexuado según Teófilo Gautier y a quien Charles Dickens calificó de extraordinaria y sublime. En nuestros tiempos, las mujeres estuvieron alejadas incluso como ejecutantes en la orquesta, hasta que Von Karajan las incorporó a la Orquesta Filarmónica de Berlín, y después de mucha renuencia, también lo hizo la Orquesta Filarmónica de Viena, hace menos de diez años.

Varios ensayos se remiten a las grandes interpretaciones musicales de Furtwängler y Toscanini, en los que se destacan dos casos emblemáticos en España: el del gran director Ataúlfo Argenta, muerto prematuramente a los cuarenta y ocho años cuando era considerado candidato para dirigir la Orquesta Filarmónica de Berlín, e Igor Markevitch, director de la Orquesta de la Radio Televisión Española, en quien, además de un notable intérprete, se descubrió después de muerto que había sido un gran compositor. Destacamos la musicalidad de Thomas Mann

y la Buddenbrookhaus en Lübeck y el milagro de la música en Venezuela, identificada por la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar y su director Gustavo Dudamel.

La tercera parte del libro trata del Perú en la música. Se inicia con un estudio de la guitarra y su importancia en España y su implementación en la cultura andina. En efecto, el vaso ceremonial incaico, hecho de chonta, una madera pesada y dura, fue asimilando la cultura importada, al extremo de que tenemos un que-ro —nombre indígena de la pieza— en el cual aparece un español tocando una guitarra, como se publica en el gráfico correspondiente. Contemporáneamente, hemos escuchado tocar este instrumento a Andrés Segovia, Narciso Yepes y Alirio Díaz. A los dos últimos, cuando interpretaron el bellissimo *Concierto para guitarra y orquesta* de Joaquín Rodrigo, el compositor español ciego que vivió más de cien años, cuya obra misteriosamente nunca ejecutó el primero. La primera vez que visitamos Granada, nos impresionó el poema del literato mexicano Francisco de Asís de Icaza, que aparece inscrito en un mural de la Alhambra: “Dale limosna, mujer, que no hay en la vida nada como la pena de ser ciego en Granada”. Pensamos en el gran artista y en su desgracia. Conjuntamente, publicamos la fotografía de una pintura mural virreinal del siglo XVII, de inigualable belleza, que representa a un ángel tocando el arpa, en la celda del padre Salamanca en la iglesia de La Merced en el Cusco. Nos ocupamos, además, de los temas peruanos tratados en la ópera, a saber: *Las indias galantes* de Jean Philippe Rameau; *La perichole* de Jacques Offenbach, que trata la relación amorosa del virrey Amat y Micaela Villegas, apodada “La Perricholi”; *Ollanta* de Valle Riestra, que trata un argumento andino, y *Atahualpa* del músico milanés radicado en Lima Carlos Enrique Pasta, que tiene el mérito de haber tenido como libretista a Antonio Ghislanzoni, considerado el mejor libretista de su tiempo, que cuatro años antes había escrito *Aida* para Giuseppe Verdi. Este mismo autor compuso la ópera *Alzira*, tema de Voltaire, que se refiere también al mundo inca.

Nos referimos en varios ensayos a la música a comienzos de la República: la restauración de nuestro himno nacional por nuestro bisabuelo Claudio Rebagliati, quien le dio el aire marcial que tiene; a la misteriosa aparición de toda una melodía de nuestra canción nacional en la ópera *El profeta*, de Meyerbeer, que no tiene otra explicación que la imprenta impresora de las óperas de Meyerbeer —la casa Schott’s Schone en Maguncia— fuera la de nuestra marcha nacional; a la curiosa inclusión de la melodía inicial del coro de la misma por el recientemente desaparecido compositor francés Maurice Jarré en la obertura de la película *Doctor Zhivago*; la visita a Lima del más distinguido músico norteamericano del siglo XIX: Louis Moreau Gottschalk, quien causó sensación en el Perú, Chile, Argentina y Brasil; al millonario concierto organizado por Prolírica bajo nuestra presidencia, con la presencia del gran tenor Luciano Pavarotti en el Hipódromo de Lima, que fue disfrutado desde sus tribunas por veintiocho mil personas; la llegada al Perú de los dos grandes tenores españoles, Plácido Domingo, el artista más completo y

versátil del siglo XX, y José Carreras. Finalmente, hacemos la reseña de los dos tenores peruanos de gran actuación internacional, Luis Alva, quien alternó con María Callas, Elizabeth Schwarzkopf, Victoria de los Ángeles y Teresa Berganza, y Juan Diego Flórez, quien se ha consagrado como el más privilegiado intérprete de Bellini, Donizetti y Rossini, ejemplarizando el *bel canto*.

Esperamos que leyendo, ojeando u hojeando el libro que presentamos, puedan encontrar una muestra de una vida enriquecida con vivencias, lecturas, audiciones, emociones, apreciaciones, sensaciones y reflexiones de un cualquiera, como reza el título de un autor del siglo XIX en el Perú, que pretende, quizás, perennizar la frase de Nietzsche: “Sin música, la vida sería un error”.